



TERCER RETO DE MICRORRELATOS

ONLINE

“DOBLE VIDA”

**UNIVERSIDAD POPULAR
ENERO 2022**

ÍNDICE

UN CIUDADANO EJEMPLAR	Ángel Rodríguez	4
DUALIDAD	Samuel Encinas Salgado	5
DOBLE VIDA	Jesús Montero	6
ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA	Manuel Vaquera Vizquete	7
LA COARTADA	Cele Lázaro	8
EL LOCO DE REMIGIO	Juan Manuel Morales Bellido	9
BALANCE FINAL	Marga Gozalo	10
SIN TÍTULO	Lola Bouza	11
RAPSODA DE NEÓN	María J. Llanos	12
SIN TÍTULO	David Santiago	13
¿QUIÉN SOY YO?	José Antonio García Feria	14
LA SONRISA	Pilar Alcántara	15
ORO PARECE, PLÁTANO ES	Asun Aroca	16
DÍA Y NOCHE	Carmen Martín Castellano	17
ROCK AND ROLL	Concha Ibáñez Montero	18
FLORES NOCTURNAS	Elizabeth Carrizo Catalán	19
¿DE DÓNDE VIENES ANTES DEL ALBA?	Isabel Casillas	20
DON QUIJOTE	Víctor M. Jiménez Andrada	21
EL SECRETO	Isabel González Rodríguez	22
INFIDELIDAD	Blanca Fajardo	23
EL HUMO	Mercedes Pérez Domínguez	24

UN CIUDADANO EJEMPLAR

Ma es una buena chica, Jota también. Hace 10 años que decidieron casarse y hoy siguen juntos. Los conozco desde entonces, cuando se instalaron en el piso contiguo al mío. Buenos amigos, eso es lo que son; ayer, por ejemplo, cenamos los 3 en su casa, mientras Ma preparaba en la cocina unos sándwiches vegetales bajo la atenta mirada de Gustavo, su gato, Jota y yo arreglábamos el interruptor del dormitorio, el que está pegado a mi salón, por supuesto que me aseguré de no descubrir el pequeño micrófono.

Como soy bastante entendido en electricidad y aparatos electrónicos, siempre acuden a mí. En su cocina, en el pequeño comedor y en el cuarto de baño también les he instalado unos interruptores especiales, con potenciómetros. Ellos me lo agradecen con sándwiches vegetales y yo disfruto oyéndolos desde mi casa. Mientras comemos y nos reímos con los chistes de Ma, es muy buena contando chistes, yo lanzó miradas furtivas a la rejilla del aire acondicionado y sonrió a la cámara. Es una pareja estupenda y espero conservar su amistad mucho tiempo. Mi vida transcurre plácidamente, dispongo de una pequeña renta que me permite disfrutar de mis dos únicas aficiones: la observación de mis adorables vecinos y el embalsamamiento de gatos, callejeros casi todos. Siento cierto orgullo cuando logro reflejar en la inmóvil figura, su último instante vivo. Por nada del mundo haría daño a Gustavo, el gato de mis mejores amigos. Ante todo, soy un buen vecino, y un ciudadano ejemplar. ¿Quién lo duda?

Ángel Rodríguez García

DUALIDAD

Cada vez que el ojo ardiente del sol se pone, al frío amparo de la oscuridad es abierta una ventana de la que irradia una luz gradual a dos ambientes. Una es definida por quién, y la otra, por la carga de mayor o menor número de colores que ante sí se despliegan.

Cuando ese instante llega, el cuerpo sigue presente en el habitáculo que le recibió y guarda. Aunque en el caso de la mente, la historia cambia.

Al entrar en la marea de electricidad y datos, bien puede ser cualquier cosa... desde un soldado de élite reviviendo las impactantes batallas de alguna guerra hartamente conocida, un mago artúrico o tan solo un sustantivo ficticio el cual intercambia una maraña de palabras con otros sustantivos igual de ficticios “y reales”, iguales a este sujeto que bien pueden estar cerca de él o vivir cruzando el charco.

Pese a no poder pasar de la ventana, las sensaciones son casi tal cuales como las que siente ese cuerpo parcialmente detenido. La vista devora todo y el tacto se acomoda al panel haciendo que parte del cuerpo gane la velocidad y precisión dignas del mejor pianista. No se huele ni se oye, pero las palabras duelen igual que unos puntos de vida perdidos y también confortan de igual manera que si fuesen dichas en el plano sensorial de la existencia. En este plano, no hay gravedad más allá de la programada y caso omiso se le hace al reloj. Cuando uno es meros electrones, su vida es acelerada. Lo que para el cuerpo son varias horas, al otro lado, nuestro protagonista ha tenido varios grupos de amigos, se ha levantado y caído con ellos y hasta puede que haya visto levantarse y perderse en la ruina varios imperios... (*una existencia eres que en números se calculará...*)

En este éxtasis oscuro, ese espíritu digital se siente cerca de ser eterno. (*Así en la tierra como en el ciberespacio...*)

Cuando ya el alma del individuo se sacia de estar en estado sempiterno, cierra la ventana y todo vuelve a la oscuridad primaria por un leve momento.

Acto seguido, enciende otra luminaria con más cuerpo para guiar a su movilidad completa hasta el mueble en el que reposar (ahora sí) lo que le reste el tiempo. Dentro de este último hace calor y pese a transmutarse de manera similar, como tesoro del alma es conservar algún recuerdo.

A la mañana siguiente, esta particular trinidad, es tan solo uno. Un nombre, una realidad y un cuerpo a merced de la fugacidad rauda de los días, meses, años y estaciones. Vivirá en la luz y será feliz. Feliz igualmente estará en los ratos de escapada a esas dos realidades del ingenio y del subconsciente.

Cuando parta, será lo que su huella por el paso de este mundo haya dejado. Para los que le hayan conocido, esto último será evidente, mientras que para los que solo era un par de datos con un avatar, será tan solo un recuerdo igual de pasajero que si se viviese toda una vida dentro de un sueño.

Ambas partes son igual de desconocidas una para la otra, separadas tan solo por la apertura y cierre de la pantalla de su ordenador, única frontera de ambas identidades.

Samuel Encinas Salgado

DOBLE VIDA

Nelvis era una habanera de armas tomar, atractiva pero no guapa, lista aunque no inteligente y sobre todo una gran conversadora, supliendo con su simpatía y sonrisa la falta de conocimientos sobre cualquier tema, salvo cuando se hablaba de cocina.

Estaba casada con un español, simpatizante del régimen castrista y alcalde de un pueblo de tamaño medio de Andalucía, gracias a su influencia, pudo entrar a trabajar en la embajada de España, primero como limpiadora y un año después ascendió a administrativa, porque sabía escribir a máquina, conocía internet y mantenía la boca cerrada. Solo viajó una vez a España con Manu, su marido, un gordito risueño que empeoraba con los años, sobre todo a raíz de una intervención abdominal por hernia. Se conocieron en el primer viaje que él hizo a Cuba, acompañado por dos ediles y la junta directiva de una ONG que tenía un proyecto de rehabilitación del Malecón; intimaron desde el primer día y pasaron una semana maravillosa que luego se convirtieron en dos porque el alcalde fue el único de su grupo que perdió el avión de vuelta. Volvieron a verse dos meses más tardes y, a partir de ahí, una quincena cada trimestre; tuvieron un hijo, luego otro y posteriormente se casaron. Con la excusa del viaje de novios viajaron a España; a Nelvis le encantó el paisaje, las ciudades y sus gentes, aunque la sorprendió que se quejaban de todo. El alcalde ya era ex-alcalde, seguía teniendo contactos pero cada vez menos, a partir de ese momento ella tomó una decisión: ascender en la escala jerárquica de la embajada con el sistema del **me too** invertido y enviar información a un primo suyo que tenía una empresa en Miami y trabajaba online para el Pentágono y a los CDR (Centros de defensa de la Revolución) cuya misión era vigilar y detener a contrarrevolucionarios. Utilizando el ordenador de la embajada se registró en un chat llamado **SINGLE DIPLOMATS**, donde no había diplomáticos ni solteros, solo su primo y gente de relleno, entraba siempre con el mismo Nick: **Consuladora**.

En Cuba, los descendientes de españoles tienen derecho a la doble nacionalidad y por tanto a pasaporte de la UE; ella no expedía los documentos pero Daniel García sí, para ella era “Dani” y tan cariñoso y culto que nunca le ponía pegas cuando iba a verle con los pasaportes pre firmados, su sonrisa radiante y ajustada ropa. Por su trabajo conocía quién había obtenido los papeles y dónde querían ir, si a España o a USA, a los que no la sobornaban, comunicaba sus nombres a los CDR y el resto de nombres se los transmitía a su primo vía chat para que cuando llegaran a América se encargara de facilitarles la vida, en suma, de ser su amigo americano. Manu vivía y bebía en La Habana, cada vez más gordo, durmiendo más tiempo la siesta y acostándose más tarde por las noches, de manera que en la práctica se alimentaba solo de mojitos y consiguió ser para Nelvis un punto y coma en su vida.

Ella estaba muy bien considerada dentro de los círculos de poder habanero, de forma que, cuando solicitó un visado para ir a Nueva York a un congreso de embajadas europeas, lo obtuvo sin problemas y allí viajó con sus dos hijos y sin el exalcalde. Acabado el congreso, perdió el avión de vuelta y desde entonces nadie sabe nada de ellos.

Jesús Montero

ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA

Ningún conocido lo habría dicho de él, pero Ismael reconocería, años después, que dedicaba mucho tiempo a sí mismo. No es que fuera un narcisista, no. Lo hacía, según su declaración, por imperativo económico. Se pasaba horas reforzando, con las sutilezas del maquillaje, el poderío intenso de sus ojos verdes; dotando a sus labios, con carmín muy rojo, de esa textura carnal que incita a la tentación del pecado; acicalándose sin prejuicios con abalorios irreverentes que nublaban sus signos de identidad; ejercitándose en maneras sensuales de insinuación explícita. Se grababa vídeos para verificar el empuje irresistible de su seducción y repetía invariablemente toda esa liturgia un viernes tras otro, antes de embarcarse en el rentable negocio del sexo.

Entonces, al ritmo contundente de la percusión, exhibía burdamente sus encantos ante una recua de féminas enloquecidas por el delirio del alcohol, y se entregaba con fruición a los tocamientos y besos de las chicas que le enganchaban algún billete en el elástico del tanga. Todo sucedía en medio de una fascinación vertiginosa, sin apenas un instante de reflexión para plantearse la legitimidad moral de su vida nocturna. Tenía el tiempo justo para volver a casa, limpiar su maquillaje y, con sus ojos verdes un poco vidriosos por el castigo de los excesos, disponer su cuerpo para vestir los hábitos y officiar la misa matinal del sábado en el barrio suburbial de su parroquia de fieles creyentes.

Manuel Vaquera Vizute

LA COARTADA

El día en que Julián hizo los quince años, su madre quiso compartir con él su gran secreto: Julián tenía un hermano gemelo. Se quedó boquiabierto y mudo mientras su madre le contaba la forma en que había sucedido todo.

Cuando nacieron, ella estaba muy asustada; no sabía cómo se las iba a arreglar para criar sola a dos hijos. En ese mismo momento, su compañera de habitación lloraba porque su hijo había nacido muerto.

Los ojos de las dos mujeres se cruzaron, se pusieron de acuerdo sin apenas intercambiar palabras y cuando salieron del hospital cada una de las dos madres llevaba un hijo entre los brazos.

Ella nunca pudo borrar aquel niño de sus pensamientos. Tampoco se había atrevido a hacer algo para saber de él. Sólo recordaba que esa familia residía en la vecina ciudad de Toledo.

Meses más tarde, cuando Julián, junto con una pandilla de amigotes se vio envuelto en el asalto a una gasolinera en la que había resultado un hombre muerto, supo que tenía que hacer algo y pronto, si no quería terminar en la cárcel.

Al día siguiente, empezó a hacer sus pesquisas. Buscó por los institutos de Toledo y no le fue muy difícil encontrar a su hermano. Al verse como reflejado en un espejo, el otro se quedó atónito. Brevemente le contó su historia y pasó a preguntarle lo que le interesaba saber: qué había hecho el sábado por la noche.

Y hubo suerte, había estado en una discoteca y todos lo habían visto bailar durante horas, pues le gustaba mucho el baile y lo hacía muy bien.

Julián había encontrado su coartada. Dejaría para más adelante el estrechar lazos con su hermano.

Cele Lázaro

EL LOCO DE REMIGIO

Hacía años que Remigio era el loco oficial del pueblo. Desde aquel verano en que el Ministerio lo destituyó como maestro y director del colegio no ha parado de crecer su felicidad.

¿Qué cómo llegó a ese extremo? Fue sencillo. Desde enero empezó a mostrar síntomas. En los días más fríos de invierno acudía al colegio ataviado únicamente por unos calzoncillos desgastados. En otras ocasiones solo andaba a la pata coja, con la derecha para ser más exactos. En el segundo trimestre todos sus alumnos consiguieron un merecido doce en su asignatura, Lengua y Literatura. Y cuando llegó junio lució un precioso abrigo de forro polar. Y un sinfín de locuras más.

Pasaba el día absorto en su propia extravagancia y la noche disfrazado de Miguel de Cervantes con pluma y tintero.

Una vez al año, vestido de etiqueta, viajaba a Madrid y se reunía con su editor. Participaba en conferencias y coloquios de las más prestigiosas universidades y solo durante ese mes se prodigaba en tertulias radiofónicas y columnas en Semanales, que firmaba con una simple “R”. Sus libros siempre eran súper ventas y aclamados por la crítica. Después volvía al pueblo e ideaba nuevas locuras.

Unos años después financió en secreto un hospital psiquiátrico en su localidad. Un día caluroso en que charlaba animadamente con un perrillo canela en la plaza del pueblo, los cuerdos oficiales lo cogieron en volandas y lo ingresaron en el hospital. Desde entonces no ha vuelto a salir, pero todos los meses viene un señor de Madrid y recoge un manuscrito que no tarda en convertirse en un nuevo fenómeno de ventas. ¿Loco?

Juan Manuel Morales Bellido

BALANCE FINAL

El mejor momento del día par Richard es el final de la tarde. Sentado en el jardín, contempla a su hijo jugando con el perro, mientras comparte sus reflexiones con una cerveza.

—No me puedo quejar de mi suerte— piensa, mientras le da el primer trago —a pesar de que tengo una familia peculiar. Penélope, mi amor de juventud, no para de sorprenderme cada día. Cuando nos separamos hace 15 años era aquella chiquilla tímida y sensible, a la que había que tratar con delicadeza, pensando cada una de las palabras que le iba a decir. A veces sus ojos se llenaban de lágrimas sin saber por qué y nuestra despedida fue tan repentina, que no tuve tiempo para explicarle mis motivos. Por eso me resultó tan sorprendente nuestro reencuentro, tantos años después. Su delicada belleza había dado paso al gesto decidido de una mujer madura, su extrema delgadez se había redondeado. Incluso tardé un tiempo en reparar en que estaba embarazada. En mi primera impresión, solo veía que mi niña se había convertido en una mujer sólida y rotunda. Lo justo para volver a encender los rescoldos de aquel fuego. En los seis años que han transcurrido desde entonces, esa atracción se ha mantenido, como el primer día. Tal vez por ese aire de misterio que la envuelve. Porque no ha perdido la capacidad de sorprenderme.

Mi madre siempre me castiga con todas esas preguntas, que yo no quiero hacerme.

—No, no le he preguntado de dónde saca el dinero — Le he dicho alguna vez —Entiendo que todo sale de su negocio de compraventa de objetos por internet. A veces la he visto vender artículos verdaderamente elegantes. Claro que me parece mentira que en los desvanes de nuestras abuelas todavía estén criando polvo esas criselefantinas y esos huevos Fabergé. Siempre he pensado que heredó algo de su pareja anterior, pero el día que hicimos su mudanza solo tuvimos que trasladar algunas cajas y una maleta.

Sin embargo, mi madre nunca ha preguntado por los orígenes de Mauro. Es cierto que tiene los ojos azules, como yo y, tal vez, como los tenía su padre. Un día intenté aclararle a mi madre este hecho, pero me paró en seco:

—Mauro es mi nieto, de eso no me cabe la menor duda. — Me dijo, dejando claro que no quería hablar del tema, bajo ningún concepto.

—No me extraña, Mauro es un niño angelical y tiene esa mirada tan dulce, que no tenemos más remedio que perdonarle sus manías. Como esa costumbre de tejer muñecos de lana que parecen juguetes para mascotas. Aunque se pone como una fiera cuando el perro quiere jugar con ellos y luego están todos esos cajones llenos de bolsitas con mechones de pelo.

Richard continúa pensando mientras acaricia al perro que se ha acomodado a sus pies. Tu vida es mucho más sencilla ¿Verdad Marcelino? Recuerdo el día que te recogimos en aquella gasolinera: tan solo, tan cariñoso. Te acomodaste en el asiento de atrás, como si siempre hubieras viajado allí, sin hacer preguntas. Eso mismo pienso hacer yo. Al menos lo haré los dos próximos años, que son los que faltan para que prescriban los delitos por los que me está buscando la policía de mi país.

Margarita Gozalo

Le despertó la luz cegadora de una linterna alumbrando su cara y el zarandeo propinado por la señora de la limpieza.

Un olor fétido penetró por sus fosas nasales provocando las arcadas que preceden al vómito. La confusión mental reinante en su cerebro impedía a Jonás recordar cómo terminó la noche. Miró a su alrededor y, confundido, creyó reconocer el antro. Era un bar. ¡ALELUYA! Tomaría unos tragos antes de afrontar la situación en la que se encontraba.

Su alcoholismo -cada vez más grave-, le jugaba malas pasadas, no recordaba lo que hacía, despertaba de su embriaguez, tembloroso y asustado, pensando solo en regar su tráquea con el maldito líquido que le acercaba cada vez a la muerte.

Buscó una botella y bebió y con cada sorbo recuperaba la calma y su cerebro empezó a trazar un plan para salir sin ser visto. A duras penas logró llegar a casa. Se sirvió un generoso coñac y con la euforia alcohólica se duchó y acicaló para maquillar los estragos de su rostro. Eligió su mejor traje, engominó su pelo y perfumó su cuerpo. Llamó a un taxi y se dirigió al juzgado. Allí presidiría el juicio más importante de su vida.

El excelentísimo Sr. D. Jonás Cid. Juez del Tribunal Supremo.

Lola Bouza

RAPSODA DE NEÓN

Le gusta deambular por las calles solitarias en esas horas inciertas en que la mañana empieza a dibujar su boceto del día. Entretiene tiempos imaginando sonetos de amor que luego, con ágil pluma, manscribe en ilustrados papeles, de esos que venden por pliegos, en las decoradas papelerías. Cuando nadie lo ve ensaya dulces declamaciones para si algún día se atreve a dar rienda suelta a su escondida afición de rapsoda. Pero, mientras ese día llega, malgasta talentos esculpiendo sus músculos en hacinados gimnasios, practicando trucos de ataque y defensa, compartiendo lenguajes soeces con fornidos compañeros... Y luego, cuando empieza a caer la tarde, se enfunda en su traje macarra para custodiar puertas ataviadas con luces de neón en las noches salvajes.

María J. Llanos

Allí estaba ella. La mujer desconocida. La dama misteriosa. Carol era abierta pero a la vez engañosamente discreta con su vida. Así era ella, siempre jugando al doble juego. Mucho que ocultar y todo lo que mentir.

Su lema era tajante. Nunca dejar nada claro. A veces la mayor de las sospechas era y es la mejor amiga y de las más aliadas.

Alguien le había dicho que esa era una “vida triste y de falsedades que no podría vivir ocultando”. Ni su personalidad y su forma de ser.

A veces una ogra de carácter funesto que trataba a todos con el más absoluto desprecio y desdeñable desdén y otras con una falsa inocencia fingida.

A veces fría y calculadora y otras emocional y apasionada.

Y siempre, en sus mañanas y sus noches, reflejada frente al espejo de su tocador.

Manejando a todos y a todo el mundo a su antojo. Poniéndolos a unos en contra de otros.

Había pasado por multitud de empresas de diverso calado y con una carrera meteórica y fulgurante.

Pero en parte no era buena gente. En sus palabras, a veces le gustaba ser una sucia cabrona y jugar con alguna treta y trampas

No había nadie más lista ni más chula que ella como del amo del corral.

Pero hasta ese día en que pasó aquello y tuvo que verse obligada a confrontarse...

David Santiago

¿QUIÉN SOY YO?

La profesora de literatura, en el último año de bachiller, nos mandó realizar una redacción sobre un tema preciso y concreto, a la vez complejo: ¿Quién soy yo?

El paso de una etapa a otra llevó a Doña Matilde a llamarme aparte, tras leer mi trabajo, para decirme que no debía preocuparme por el futuro, que yo podría hacer lo que quisiera. Seguro que mi escrito rezumaba miedo e incertidumbre.

Me llamo Procopio Benavides, soy notario, en la plaza creo que mi despacho destaca, con diferencia, sobre los otros de mis colegas, siempre digo entre bromas, a mis allegados, que soy un notario muy notorio. Me acerco a los sesenta años, tengo familia, buena cuenta corriente y voy perfilando un mejor plan de pensiones para dentro de unos años.

Me espera hoy un número importante de protocolos para firmar, todo pan comido, exceptuando una partición de herencia, que tiene un más elevado nivel de exigencias jurídicas. Antes de las diez no aparezco por la notaría y llevo una corbata verde sobre azules, nunca entendí esa combinación, hasta que un día la llevaba el rey Juan Carlos en un discurso y la incorporé a mi vestuario, a ambos nos quedaba fetén, pero empiezo a aborrecerla.

A mediodía me acerco al Círculo Mercantil, no perdono mi copa de vino Alfonso Oloroso Seco. Juan, el camarero, me pone la tapa del día, un salmonete frito con una rebanadita de pan también frito, tal vez no sea el maridaje ideal para este vino generoso de dieciocho grados pero está exquisito el bocado, una fritura perfecta.

Por la tarde tengo que abreviar la jornada, me aguarda un compromiso y abandono el trabajo. Mi vida es anodina, sensación que arrastro desde hace tiempo e intento paliar.

El parque es un clamor expectante, cientos de niños nerviosos repartidos en sus asientos, frente a un colorido escenario, a la espera de los tres payasos anunciados.

Uno de ellos se prepara en el camerino, solo erizando un poco su pelo con gomina y un simple colorete rojo en sus pómulos, nariz y barbilla. Otro se coloca una larga melena con una gorra roja, una nariz artificial del mismo color, de negro pintada su barba y bordeando de blanco la boca. Considero que a ambos se les reconoce. Yo no puedo hacer lo mismo. Tengo que pintarme toda la cara de blanco, una gran nariz roja postiza y la zona desde mi bigote hasta la barbilla también de rojo con un ribete en negro, una inmensa melena pelirroja, traje azul con pompones naranjas y guantes blancos. Los tres pertenecemos a Payasos sin Fronteras, estamos en el proyecto “Sonrisavirus”, para aliviar los efectos adversos en la salud emocional de las personas más vulnerables, en especial la infancia. Acaban de avisarnos que quedan cinco minutos para la función.

Los niños me conocen por “Faisco”, y me adoran. En la tarde de ayer algunas lágrimas se despeñaron por la grasienta capa de mi maquillaje, aún no sé si por ellos o por mí. Camino, otro día más, hacia mi hábitat entre legajos y hoy mi corbata amarilla, con florecillas azules diseminadas, me da un aire de optimismo y felicidad, pero sobre todo me reviste de una autoridad para dar fe ante un mundo que necesita poseer. Mi otro disfraz.

José Antonio García Feria

LA SONRISA

Al levantarse cada mañana, y después de la ducha, se ponía los pendientes, el collar de perlas, y también la sonrisa, parte del aderezo diario para la vida social. Era una sonrisa de nieve producto de la sesión blanqueante que le sugirió su odontólogo. Con el precio que tuvo que pagar por ella, bien le valía el título de joya de nácar, y es por eso que se la ponía todas las mañanas sin falta. Había que amortizarla. Alrededor de sus valiosas piezas dentales, y como siempre, se dibujó una verja de carmín. Ensayó varios movimientos y gestos alegres frente al espejo, para ver si el resultado era el esperado. Sí, la línea que dibujaban sus labios era perfecta, toda ella era perfecta y adecuada para ir al encuentro con el mundo. Antes de salir a la calle vació la papelera en la bolsa de la basura. Por la boca de aquel cuerpo metálico salió vomitado un rosario interminable de pañuelos de papel arrugados fruto de las noches sin dormir sumida en el llanto. No, en realidad no sabía muy bien hasta cuándo podrían aguantar sus labios aquella doble jornada.

Pilar Alcántara

ORO PARECE, PLÁTANO ES

Era la zona residencial con más viudas por metro cuadrado. En una de sus calles vivían cinco amigas, Marta, Lola, Justa, Rosa y Pepa. Las cuatro primeras eran viudas, auténticas magas que lograron que sus vidas y las de sus maridos, Dios los tenga en su gloria, amasaran grandes fortunas, excepto Pepa, que hacía algunos años que se divorció de mutuo acuerdo de su esposo, pero no menos afortunada en el dinero que sus otras amistades. Sus vidas se regían por una rutina alterna de fiestas, cuidados de belleza, spas, restaurantes de la mejor gastronomía y un sin fin de otras tantas actividades y relaciones sociales. Aunque su rito máspreciado era el té de las cinco, al que no faltaban jamás. Sus conversaciones se basaban en el último cuadro adquirido en subasta, la mejor joya o la línea que aún guardaban para entrar en los diseños de pasarelas. Todos esos temas fluían con la primera infusión seguida de partidas de carta y tragos de licores.

Pero aquella vida tan armoniosa pronto se vería alterada. Los vecinos de la última casa de la calle, uno de los pocos matrimonios que aún sobrevivían por la zona, decidieron venderla, siendo esta adquirida por Lucas, un bróker agotado que necesitaba unas largas y merecidas vacaciones. Las cinco amigas estaban como locas y las conversaciones del té pasaron de vestidos y perfumes a Lucas, ese nombre no dejaba de resonar cada día en sus conversaciones.

Una de esas tardes Marta comentó a las demás que Lucas la invitó a su casa y le habló de su vida, que ningún hombre que no te vea como algo más te habla sobre él. Lola replicó con algo muy similar, al parecer fue a verle a su casa y, justo al cruzar el umbral de la puerta, le dio un beso apasionado. Justa entrecerró los ojos comentando que eso no podía ser cierto, porque la última vez que le visitó vio cómo se guardaba en el bolsillo una caja, que claramente podía ser un anillo de pedida. Rosa no salía de su sombrero y soltó que ella ya ha estado con él, pero en el gimnasio, coincidieron y pasaron la tarde juntos, si no le hubiera echado el ojo no la invitaría a pasar una tarde entera con él. Y así, no paraban de contar cada una las anécdotas con su vecino. Pepa estaba atenta a toda la conversación, sacó de su bolso cinco entradas, comentando que se las pasó Lucas para un acto benéfico al que no podían faltar. Todas se pusieron sus mejores galas, visualizando su historia con él, tal vez en ese lugar se decidiera por alguna.

El evento partió de la casilla de salida y las actuaciones se sucedían una tras otra, todas miraban de un lado a otro y no veían a Lucas, estaban realmente cabreadas y decepcionadas por su ausencia. El presentador anunció la última intervención y tres hermosas mujeres aparecieron en el escenario. Las cinco amigas pensaron en marcharse, pero se lo impidió una de las artistas que bajó a saludarlas — ¿No me conocéis? ¡Soy Lucas! Y este es mi novio Marcelo, actúo desde hace años, pero no digo nada, ya que hay mujeres que se enamoran de mí y no me gusta romperles el corazón, pero vosotras tenéis estilo—. Las caras de todas eran de decepción, pero a la vez se descubrió las fantasías que cada una se montó en su mente, las miradas entre sí gritaban, *¡Qué mentirosas sois!*

Asun Aroca

DÍA Y NOCHE

Anselmo nace con nombre y oficio heredados. Biznieto y nieto de porteros, de un populoso bloque de viviendas en Madrid, toma el relevo del cargo a los 16 años, en sustitución de su padre fallecido que no alcanza a ocupar el puesto. Vive en el décimo piso del edificio, con su madre, mujer quebradiza, a la que se “somete” para no disgustarla. Sus días, grises, transcurren en la portería, en su casa y, llenos de ilusión, dentro de la terraza, en la amplia sala de calderas. Allí, entre cabezas de maniqués, sets de maquillaje, pelucas...; se encuentra con su yo más amado.

Puntual y cabizbajo acude, sin descanso desde hace dos décadas, al trabajo. Su desempeño es meticuloso. Esta labor le reporta muchos elogios, detalles y propinas que invierte en modificar o adquirir vestuario y accesorios ya que el sueldo se lo entrega íntegro a Candela, su progenitora. De ella ha aprendido a coser, observándola.

Es viernes, ya lleva dos rondas y los del quinto C no han depositado la basura en el rellano. Empieza a inquietarse, se le hace tarde. Duda si llamar o no. Decide esperar un poco más, en unos minutos su paciencia tiene recompensa. Los ascensores están ocupados. Desciende los peldaños de dos en dos. También los sube a pie. Bajo su uniforme XXL, el mullido chándal y el pijama rebosan sudor. Le rugen las tripas. Imposible cenar de segundas, en condiciones, sin la controladora mirada de su madre que vela por su supuesto aumento de peso y, ¡que sigue despierta! Cae en que no le ha dado el Orfidal deshecho en la casera. Va a la cocina, disipa la gaseosa y se la mezcla con una mayor dosis del medicamento. Cruza los dedos para que tenga sed. Recuerda el lomo que le ha entregado Vicenta, la del cuarto. Se lo ofrece, tentada pica un trocito, uno tras de otro, momento que aprovecha para comer él también.

—¡Por fin una buena ducha!

En su refugio, sin tiempo de lidiar con su habitual sentimiento de culpabilidad, opta por ir caracterizada para poder llegar. Ajuste de fingidas caderas y tetas postizas en medias de liga de red y cuerpo de malla. Elección de vestido, plumas pavo real, peluca María Antonieta, zapatos de salón Medusa de Versace color azul petróleo, uñas y maquillaje a juego, largas y rizadas pestañas, resaltados aderezos en cabeza, cuello y orejas. Salma es el espectacular resultado. Envuelta en una capa verde java se sube a un taxi.

Al día siguiente Anselmo, embuchado en las tres mangas y pateras de su ropaje, recolocada su prominente falsa barriga, para deformar su atlética figura y evitar por comparación ser reconocido, distribuye la correspondencia. En El Mundo, El País, La Razón, un mismo titular:

“SALMA, LA MAGNÍFICA, GANADORA DE LA RECONOCIDA GALA INTERNACIONAL DE DRAG QUEEN

Su estilismo, puesta en escena, entrega...”

Carmen Martín Castellano

ROCK AND ROLL

Suena el despertador y Lorena salta de la cama. Con movimientos autómatas hace lo de todos los días, ducha, desayuno, cama. Sale como un zombi a coger el autobús que la llevará al trabajo a la otra punta de la ciudad. Carga con su maletín y una bolsa de tela tipo mochila.

Trabaja en una multinacional. Es una ejecutiva de éxito en el sector de márketing de su empresa. Gana mucho dinero y podríamos decir que la vida le sonrío. Es joven, guapa, tiene un trabajo envidiable que le da independencia económica, tiene buena salud... pero siempre hay un pero.

Le cuesta muchísimo relacionarse con otras personas fuera del trabajo, y ese trabajo tan exitoso no le llena. Por eso, cuando a las 5 de la tarde todo el mundo abandona la oficina para irse a casa, o al gimnasio, o a compartir con amigos, Lorena se queda un rato más, solo por evitar el momento de la salida conjunta y las despedidas, y sigilosamente, abandona el edificio.

Cerca de allí hay una zona de alquiler de trasteros. El número 347 es el de Lorena. Entra rápido y con movimientos ágiles deshace su moño, se quita su ropa convencional y se enfunda en la ropa que lleva en su mochila. Unos pantalones de cuero negro y una camisa también negra. Se calza unas pesadas botas y se pinta una profunda raya negra en sus ojos. Sale con una chupa de cuero negro, con la misma prisa con la que entró, transformada en otra persona. Con una guitarra entre sus manos temblorosas.

El local en el que ensaya con su banda no está lejos. Llega tarde y lo sabe. Pero prefiere eso a nada. Las actuaciones los fines de semana, los focos, el rugido del público cuando suenan los primeros compases es algo a lo que no puede renunciar. Es su adrenalina para vivir.

Finalmente todo termina. Recogen y deshace el camino. Se cambia deja la guitarra y con su maletín sale del trastero. La vuelta a casa, a su vida de siempre se hace cada día más dura. Quizá pronto dirá a todos lo que de verdad le gusta hacer.

Concha Ibáñez Montero

FLORES NOCTURNAS

María Del Pilar, casada y madre de dos hijos adolescentes, presidía sin falta todas las reuniones de su grupo de damas, que abogaban por la mantención de las buenas costumbres y la moral de los habitantes de un barrio hermoso y acomodado de la ciudad. Rondaba los cuarenta años y tenía una figura muy bien cuidada, vestía bastante pulcra; aunque demasiado sobria para su edad, ya que siempre repetía: «una mujer no solo debe ser decente, debe parecerlo».

Su familia estaba orgullosa de que ella fuera un ejemplo de virtud y comportamiento para su comunidad. Entre sus actividades sociales había una a la que nunca faltaba y era una visita que realizaba todos los viernes por la tarde a un Hogar de ancianos. Allí acudía sola, sin su grupo de señoras. Era un asunto solo suyo, ya que no era bueno jactarse de cuánto ayudaba al prójimo. Su esposo admiraba su bondad y no ponía reparo en lo tarde que regresaba, casi siempre de madrugada, porque tenía que preparar rutinas divertidas y variadas para aquellos seres tan abandonados.

María Del Pilar echó una bolsa bien cerrada al auto y otras cosas que necesitaba para atender bien a los ancianos del Hogar. Manejó rauda y feliz. Le encantaba aquella actividad, era la mejor de todas. Se sentía libre y la llenaba de gozo.

La noche santiaguina brillaba con sus luces de neón y María Del Pilar estacionó en un sector en donde bullía la vida nocturna. Su rostro pálido y lavado se llenó de colores fuertes y extravagantes, su pelo casi rubio se liberó del moño y de las horquillas y se deslizó por su espalda, ondulado, salvaje y desordenado. La señora seria y pacata, se volvió una tigresa sexy, enfundada en un minúsculo traje brillante que parecía una segunda piel. Sus labios al rojo vivo sonrieron cuando oyó su nombre junto a los vítores de los caballeros y un aplauso sonoro acompañó su magnífica aparición.

— ¡Con ustedes la favorita de la noche! ¡¡Mireya!! —anunció con entusiasmo el animador del club «Flores nocturnas».

María Del Pilar, totalmente transformada en Mireya, una diva de la noche, con desplante se volvió una serpiente de lentejuelas y ondulante comenzó a deslizarse cadenciosa por el caño. Subió y bajó con gran pericia y armonía. Era toda una diosa del espectáculo... una flor de fuego.

El sábado era sagrado para ella. Su familia la dejaba dormir sin molestarla. Después de todo no cualquiera le dedicaba la vida al prójimo con esa tremenda vocación que manifestaba.

—Los niños dicen que tú deberías haber sido monja —le dijo su marido, por la tarde.

— ¡Qué gracioso! —contestó ella, riendo.

—Y que tal vez te hubieran llamado... Sor Flor Del Amanecer... —agregó él, inocente.

—O quizás..., Flor Nocturna... —dijo María Del Pilar, sonriendo discreta.

Elizabeth Carrizo Catalán

¿DE DONDE VIENES ANTES DEL ALBA?

En el silencio de la noche se oyó el lejano maullido de un gato en celo, y por el horizonte apareció una ágil y veloz felina escalando vallas y conquistando muros en una frenética carrera hacia su hogar. De un salto se encaramó al árbol que le daba acceso al ventanal de su habitación, donde se coló silenciosamente para no despertar a nadie. Y al meterse en el lecho, ya casi con forma humana, pudo ver la luz de la luna perfilando la silueta del gato que la perseguía.

Mientras se quitaba un mechón de pelo gris, que como trofeo se le había quedado atrapado entre las uñas todavía afiladas, cerró los ojos y se dispuso a dormir un rato, antes del comienzo del nuevo día.

Isabel Casillas

DON QUIJOTE

Cada día amanece con más cardenales que el Vaticano. Su oficio secreto de superhéroe sin superpoderes le trae por la calle de la amargura. Tal vez fue la sobredosis de cómic que sus pupilas devoraron durante la adolescencia lo que le llevó a dedicarse a impartir justicia en los ratos libres que le permite su oficio de ayudante de contable en unos almacenes. Aunque sus compañeros de trabajo siempre lo han visto como un tipo raro, no pueden ni imaginarse su doble vida.

Cuando anochece, recorre las calles para enfrentarse a lo peor que se encuentra: yonquis desarrapados que trapichean por los parques, prostitutas reumáticas que se funden con las esquinas y algún que otro niño que se dedica a cargarse el mobiliario público por el mero hecho de entretenerse, confundiendo, entre los vapores etílicos del botellón, la lucha social con el vandalismo.

De sus andanzas no sale nunca bien parado y no es extraño verle rodar por el suelo entre el griterío de la bronca que se forma cuando trata de actuar. Después de los golpes que recibe, vuelve con la dignidad que le queda a su piso alquilado. Entonces se mete en la ducha para que el agua tibia calme su sed de venganza. Por las mañanas desayuna café solo con ibuprofeno, y con el ánimo renovado se enfrenta a una nueva amenaza que no es otra que moverse en el decorado anodino de su existencia más gris.

Víctor M. Jiménez Andrada

EL SECRETO

Roberto tiene cincuenta años y es director de banco; sus compañeros le aprecian por su carácter afable, su discreción, su profesionalidad y buen hacer. Su apariencia física es atractiva, con ese aire joven que le da su abundante pelo negro, siempre bien recortado y su figura esbelta y atlética, modelada en el gimnasio; a lo que hay que añadir que siempre va impecablemente vestido, con trajes hechos a medida. Su vida transcurre apacible, entre la familia, a la que dedica todo su tiempo libre, y el trabajo. Tiene dos hijas: Sara, de doce años y Ana, de quince, a las que adora. Su mujer, Lidia, a la que conoció en el grupo de teatro del instituto, su gran amor y con la que comparte las alegrías y sinsabores de su día a día. Los fines de semana, la familia se desplaza hasta una casa que poseen en su pueblo natal; allí conservan un grupo de amigos con los que se reúnen para tomar unas cañas, comer y hacer excursiones por el monte. Cada cierto tiempo, Roberto viaja a ciudades europeas —París, Londres, Berlín, Ámsterdam...— por asuntos de trabajo. En apariencia, su vida no tiene nada fuera de lo previsible y estipulado para un hombre de su posición social. Sin embargo, esos viajes esconden su gran secreto: su pasión por el travestismo. Cuando llega a una de estas grandes urbes, se transforma, se convierte en otra persona: vestirse de mujer, asistir a fiestas y clubs participando en espectáculos travestis, le llena de euforia y desata sus pasiones más íntimas. Luego vuelve a su casa y continúa siendo el hombre hogareño, profesional, casi aburrido que todos conocen. Nadie sospechó nunca de su doble vida y él siempre la ha mantenido oculta; no porque se avergüence de ella, sino porque la sociedad, su familia, no lo entenderían, no podrían comprenderlo.

Eso cree él, pero Lidia, su mujer, hace años que descubrió su secreto. Fue por casualidad, mientras visitaba las redes sociales, que encontró unas fotos de un cabaret travesti en París, y a pesar del disfraz y el maquillaje, reconoció a su marido en uno de los participantes. Hoy en día es imposible salvaguardar la privacidad. No le sorprendió demasiado; siempre vio en él signos y señales, aunque sutiles, que delataban esas inclinaciones por el transformismo. Esperó paciente que su esposo quisiera hacerla partícipe de esta faceta de su personalidad, pero él no se atrevió; por eso hace poco que se lo contó a sus hijas, antes de que ellas lo descubrieran por sí mismas. Las tres decidieron que había llegado el momento de levantar el velo y en su siguiente viaje a París lo siguieron.

Mientras Roberto estaba en el escenario, al terminar su actuación, vio al fondo a tres mujeres en pie, que aplaudían a rabiar y le sonreían orgullosas. Se acercó a ellas y los cuatro se fundieron en un abrazo que no necesitaba palabras.

Ojalá pronto ese abrazo abarque a todas las personas que le importan. Que sea el abrazo multitudinario de la tolerancia y la comprensión.

Isabel González

INFIDELIDAD

Estaba ya muy cansado de todas las estrategias que tenía que llevar a cabo en casa, para que Eva, su mujer, no se diera cuenta de su doble vida: hablar por teléfono, cada vez que lo necesitaba, siempre en el baño o en la terraza; prohibir insistentemente que nadie tocara ni su móvil ni su ordenador; inventarse múltiples excusas -cada vez más complicadas- para poder ausentarse de casa; aumentar considerablemente sus gastos, ya que el deseo de gustar y atraer a su amante, le había llevado a cambiar de look, de estilo de ropa, nuevo corte de pelo, apuntarse a un gimnasio, perfumarse y darse cremas u otros potingues, para permanecer siempre en perfecto estado de revista y aumentar las pulsaciones y la libido de su pareja, cada vez que se encontraban en los numerosos lugares en los que, previamente, habían quedado.

A pesar de que esta doble relación con otra mujer le había proporcionado una enorme felicidad y hasta le había rejuvenecido física y psicológicamente, hacía ya unos meses que, sin quererlo, se le venían a la cabeza muchos interrogantes acerca de los motivos profundos que le habían llevado a mantener relaciones paralelas con otra persona. Él siempre le había sido fiel a Eva. Habían tenido, como cualquier pareja, altibajos en su relación, pero siempre había sido fiel a sí mismo hasta que apareció el deseo, de forma paulatina al principio, pero insistentemente y con una fuerza salvaje, al final. Deseo que le hizo librar una batalla interior contra sus propias tentaciones, tan angustiada, como la que actualmente estaba sintiendo porque no se encontraba bien, sufría y creía que peligraba su estabilidad psicoemocional.

Pensaba en su padre, en su historial de infidelidades, en la propia historia de las relaciones con su madre, teñidas de cierta violencia, de desamor, de soledad y de frecuentes desavenencias. Ello le hacía sentir que, inconscientemente, debía poseer muchas faltas y carencias que le impedían mantener vínculos fieles, sanos y permanentes a lo largo del tiempo porque, para lograrlo, es necesario un “backup” que no todos logramos alcanzar satisfactoriamente en nuestra infancia. Percibía en sí mismo cierta incapacidad para comunicarse y ser entendido, dificultad para resolver los conflictos y una enorme necesidad de ser tenido en cuenta por su inseguridad, su falta de autoestima y la culpabilidad que le atenazaba.

Su vida había dado un giro de 180°, gracias a la decisión que tomó de visitar a un psicólogo. Este le ayudó a aceptar, conscientemente, que sus actos podrían tener consecuencias, siendo lo más probable que terminase su relación, o se viese fuertemente afectada la confianza, pero había asumido todo lo que podía significar decir la verdad. Había tenido la fuerza y el coraje suficientes, para hacerse cargo, a nivel consciente, de todo lo que arrastraba, para poder, finalmente, librarse de ello.

Blanca Fajardo Utrilla

EL HUMO

Anabella se siente distraída últimamente. A menudo está mirando al vacío desde que las humaredas de sus pensamientos le enturbiaron la visión. Se mira al espejo y ve por detrás a su otro yo, en forma de humo gris con ojos despiertos, inteligentes, que se ríe de ella.

Cuando se arregla para ir a trabajar, se siente invadida por esa Anabella prodigiosa que reparte pequeños soles en los que habita el amor, el dinamismo, la solidaridad hacia el prójimo. La sombra se introduce muy dentro de ella y le regala el don de ver las auras: amarillos, rosas, azules, colores generosos que alimentan su profunda ironía.

Y al llegar a casa, la entrañable y sensual Anabella se esfuma en esa humareda gris, de la que el cansancio es protagonista. Es duro contrarrestar los bellos sentimientos de nobleza con el humo. Su sombra la enaltece en presencia de otros, pero cuando está sola, la agota. Y grita. El humo gris se introduce en su cuerpo, atraviesa su piel. Entonces se desnuda y camina por la solitaria casa. «Eres mía» le susurra. Anabella quiere ser ella misma, recuperar su antiguo ser, que le gustaba más.

Sin concretar ideas, acaba llegando al invernadero. Ese que su abuela le dejó con estrictas indicaciones. «No lo descuides». Le decía una y otra vez. Pero Anabella se reía de ella, «no necesito plantas», respondía risueña. La risa cristalina de una joven sin problemas.

Entonces un día sintió que necesitaba deshacerse de aquel jardín acristalado que una y otra vez se metía en sus pesadillas. Quemó todas las plantas, de la más pequeña a la más grande. Sin embargo, sus pesadillas se quedaron para siempre, porque el humo se quedó. Se introdujo dentro de ella casi ahogándola, y necesitó muchas horas para volver a ponerse en pie. Fue cuando descubrió que en su cuerpo había dos Anabellas: una capaz de todo y otra que vive en las sombras del caserón, un residuo de la Anabella real.

-¿Quién soy?- Se pregunta. Y siente miedo. Prefiere sumirse en el ensueño y no ver.
- Siempre serás una cobarde-, le susurra él, el humo que se mete en su piel.

Ahora, la Anabella que pasea por el invernadero destruido es solo la máscara de la que un día fue. Ríe y llora.

Ahora nadie llama a la puerta de La Casa del Humo.

Pero cada mañana, una luminosa Anabella recorre el sendero del jardín para ir a trabajar en las oficinas de una ONG. Su sonrisa es suave como sus manos. Pero si se mira fijamente en lo profundo de sus ojos, se puede ver el humo, retorciéndose, esperando...

Mercedes Pérez Domínguez